

§ VI.

Así debilitado, por las razones alegadas, el testimonio de Mateo de París, es cierto le falta á la historia de el purgatorio de San Patricio su mejor apoyo, siendo cierto, que casi todos los autores posteriores, que asintieron á ella, se fundaron principalmente en la autoridad de Mateo de París. Pero pasemos adelante á examinar otras razones, que debilitan la autoridad, no sólo de este ó el otro escritor en particular, sino en general de todos los de alguna antigüedad, que trataron de esta materia.

La primera se toma de la mucha discrepancia, que hay entre ellos, en orden á varias circunstancias. Lo primero, Mateo de París atribuye aquel purgatorio (y ésta es la opinion que hoy prevalece) á san Patricio el Grande, apóstol de Irlanda, que floreció en el quinto siglo. Pero el *Cronicon* de Juan Bromton, abad cisterciense, Giraldo Cambrense, y Enrique Knighton, se inclinan á que aquel purgatorio no fué obra de san Patricio el Grande, sino de otro Patricio, santo tambien, posterior cuatro siglos á aquél, y que no fué obispo, sino abad. Lo segundo, Mateo de París, á quien siguen muchos, pone por fundador de el monasterio de canónigos reglares, sito junto á la cueva, á san Patricio. Pero los padres Henschenio y Papebroquio, continuadores de la grande obra de las *Actas de los Santos de Bolando*, por lo que tomaron la denominacion de bolandistas, al día 17 de Marzo, con gravísimos fundamentos niegan tanta antigüedad á la introduccion de los canónigos reglares en aquella isla, y la retardan hasta el siglo XII. Lo tercero, unos pintan la cueva de un modo, y otros de otro muy diverso. La opinion vulgar la supone muy prolongada, y la historia de la aventura de Oeno la favorece, pues la alarga hasta desembocar en el purgatorio. Pero David Rotho, autor antiguo irlandés y obispo osoriense, citado por los bolandistas, la pinta tan estrecha, que apenas era capaz de contener diez hombres. Lo cuarto, la opinion vulgar, á quien son conformes las historias de los que entraron en ella, es, que entraba uno sólo de cada vez á purgar sus culpas. David Rotho dice, que entraban de nueve en nueve, los cuales estaban allí veinte y cuatro horas muy apretados. Éstas son sus palabras, despues de referir, que entraban los penitentes de nueve en nueve: *Est autem caverna ipsa lapidea domuncula, tam angustis lateribus, et fornice tam depresso, ut homo proceræ staturæ adeo se erigere non posset, ut nec sedere quidem, nisi inclinata cervice, valeret. Arcle se comprimunt noveni sibi assidentes, et acclinantes; nec decimus nisi maximo cum labore subsistet cum aliis.*

La segunda razon contra la opinion vulgar de el purgatorio de San Patricio se toma de el silencio de todos los antiguos escritores que trataron de este santo. Este silencio se halla notado por los padres bolandistas, los cuales, despues de manifestarse inclinados á que no fué abad Patricio, sino Patricio el Grande, el autor de el purgatorio, añaden: *Non tamen sine scrupulo propter antiquorum omnium biographorum (Vitæ scriptorum) hac de re silentium, quos par erat rem adeo illustrem non tacuisse.* Esta testificacion de parte de los pa-

dres bolandistas, que, en materia de actas de santos, vieron (se puede decir) todo lo que hay que ver, es de gran peso.

La tercera deducirémos de las historias individuales de los que entraron en aquella cueva á purgar sus pecados. No he podido hallar noticia más que de tres. De estas tres, las dos primeras envuelven señales evidentes de la suposicion; y la tercera, si es verdadera, prueba, por lo ménos, que más há de dos siglos ya no habia tal purgatorio. La primera de estas historias es la de el soldado Oeno, por el año de 1153, cuya falsedad descubrimos arriba. La segunda es de un caballero aragones ó catalan, llamado don Ramon de Perellos, vizconde de Perellos, señor de la baronia de Seret. La entrada de este caballero en la cueva de San Patricio refiere don Felipe Osulleveno, irlandés, en el compendio *Historiæ Catholicæ Hibernicæ*, impreso en Lisboa, año de 1621. Dice este escritor, que don Ramon de Perellos, con el motivo de saber si la alma de don Juan, rey de Aragon, de quien habia sido súbdito y favorecido, estaba en el purgatorio, obtuvo, en el año de 1328, licencia de Benedicto XIII (don Pedro de Luna) para entrar en la cueva de San Patricio; que en efecto entró, y el suceso fué muy semejante al de Oeno. Pone original toda la historia, advirtiendo que se tradujo de la lengua catalana á la castellana, y él la tradujo de la castellana á la latina. Mas, para ver qué fe merece semejante relacion, basta advertir en ella dos evidentes y horrendos paracronismos. Dice, lo primero, que el año 1328 obtuvo licencia de Benedicto XIII, ó don Pedro de Luna, no fué colocado en el sòlio pontificio hasta el de 1394. Dice, lo segundo, que el motivo de la entrada fué saber si estaba en el purgatorio la alma de don Juan, rey de Aragon. Don Juan el Primeró, rey de Aragon, murió el año de 1395; con que era menester que este príncipe estuviese en el purgatorio sesenta y siete años ántes de morir. No sólo esto, pero tambien veinte y tres años ántes de nacer, pues nació en el año de 1351; de que se colige que esta relacion fué forjada sobre la de Oeno por algun catalan, igualmente ignorante que ocioso. La tercera historia individual de entrada en la cueva de San Patricio, es la que traen los bolandistas, extraida, dicen, de un manuscrito.

El sugeto de esta entrada fué un monje holandés de el monasterio de Einsteede, el cual, por el año de 1494, deseoso de hacer mayores penitencias que aquellas en que se habia ejercitado hasta entónces, resolvió pasar á Irlanda para entrar en la cueva. Halló dificultad en la entrada, porque le pedian por ella no sé qué propina, que debia ser algo cuantiosa, y él era pobre. Al fin logró entrar en la cueva. «Pero (dice el autor de el manuscrito holandiano) este religioso salió con grande admiracion, por no haber visto, oido ni tolerado incomodidad ó afliccion alguna, y resolvió en su ánimo varios pensamientos sobre las cosas que habia leido y oido de este purgatorio; porque no sabia que, firmada la fe en aquella region, el milagro antiguo ya habia cesado. Pero los habitadores de el sitio, por sacar dinero, afirmaban á los que venian de fuera, que aún se hacia allí la expiacion de los pecados.» Añade el autor de el

manuscrito, que el monje pasó á Roma á informar de el engaño al Papa, el cual mandó que se destruyese enteramente aquella cueva.

Dije arriba, que si esta relacion es verdadera, prueba que, por lo ménos, ya há más de dos siglos no existe la comunicacion de aquella cueva con el purgatorio; y añadí la voz *por lo ménos*, porque si la razon de haber cesado el milagro fué, como se expresa en el manuscrito, estar ya firmada la religion católica en aquella isla, no sólo de dos ó tres, mas aún de ocho ó diez siglos á esta parte ha cesado ya el milagro de el purgatorio irlandés, porque más há de ocho ó diez siglos que está firmada la religion en Irlanda.

Finalmente, no es de omitir una noticia, que dan los bolandistas, muy propia de el intento, y es, que en una impresion de el *Breviario romano*, que en Venecia se hizo, el año de 1522, por Antonio de Giunta, no se sabe con qué autoridad, se introdujeron unas *Lecciones de San Patricio*, donde se contenia la historia de su purgatorio, la cual, como la exhiben los bolandistas, es copiada al pié de la letra de la que en el número 7 propusimos de Mateo de París. Pero añade, á las cláusulas de este autor, las siguientes: «Cuyas revelaciones (de los que entraron en la cueva) mandó san Patricio se anotasen en la misma iglesia, y con la atestacion de ellos empezaron otros á recibir la predicacion de san Patricio. Y porque allí se purga el hombre de sus pecados, por esto aquel lugar se llama el purgatorio de San Patricio; porque algunos de aquellas partes afirman comunmente, que despues de estar en aquel lugar del purgatorio, por algun breve tiempo, en el cual padecen las grandes penas del purgatorio, satisfacen las penas debidas por los pecados.

Dicen luego los padres bolandistas, que al punto que estas *Lecciones* fueron vistas en Roma, se expidió decreto para que se borrarán, y en efecto, se ejecutó prontamente, de modo que, habiendo hecho el mismo impresor veneciano, Antonio de Giunta, dos años despues, esto es, de 1524, nueva edicion de el *Breviario romano*, ya en aquella impresion se echaron fuera las *Lecciones*.

§ VII.

Por todo lo dicho parece no se debe dar asenso á la existencia de el purgatorio de San Patricio, en la forma que comunmente se pinta. Pero es de creer que en el sitio donde se dice está, ó estuvo, el purgatorio de San Patricio, hubo alguna cueva, á quien con fundamento y sin violencia se dió ese nombre. David Rotho nos da luz para rastrear lo más verisímil en el asunto. Por la relacion de este autor sabemos que habia una cueva donde, los que querian, entraban á hacer rigurosísima penitencia por espacio de veinte y cuatro horas. Esto bastaba para que, no sólo alusivamente, mas aún con propiedad, se le diese el nombre de *purgatorio*, pues era sitio donde los que entraban con verdadero arrepentimiento purgaban parte de la pena debida á sus pecados. Pero ¿por qué se llamaria cueva y purgatorio de San Patricio? Verisímilmente san Patricio habia estado retirado algun tiempo en aquella cueva, haciendo penitencia en ella, y esto daria motivo para que despues, mu-

chos, ó por contemplarla santificada con la asistencia de un varon de virtud tan eminente, ó por imitarle, entrasen á mortificarse en la misma cueva. La devocion de los irlandeses con su apóstol extenderia y propagaria por los siglos siguientes esta devota práctica.

De el retiro de san Patricio á la cueva de Ultonia, y de haberle imitado en esto algunos fervorosos espíritus, hay otros ejemplares en la Iglesia. El gran Benito en la cueva de Sublago, mi padre san Millan en la de Suso, los santos de nuestro monasterio de Arlanza en sus cuevas, santo Domingo en la de Segovia, san Ignacio en la de Manresa, son originales, de quienes la divina mano sacó en varios tiempos algunas copias. Hoy vive un religioso, hijo de el monasterio de Nuestra Señora de Monserrate, de Cataluña, el cual no suspira por otra cosa sino porque, en restituyéndose á aquel monasterio, le permitan entrar en la cueva de Manresa, y hacer de ella su continua habitacion. Su modo de vivir, especialmente por el grande amor que tiene al retiro, hace fe de que esta vocacion no es ilusoria.

Acaso al gran Patricio, ó á alguno de los muchos que le imitaron, habria hecho Dios el favor de representarle en aquella cueva, por medio de vision imaginaria, las penas de el purgatorio y gozos de el paraíso; y sobre este fundamento se levantaria la voz de que todos los que entraban en la cueva tenian la misma vision. Acaso algunos que entrarian, más por hipocresía que por penitencia, en la cueva, fingiendo y persuadiendo que habian tenido visiones semejantes, darian fomento y vuelo á la opinion de el vulgo, haciéndole creer, á vueltas de tal cual vision verdadera, muchas fingidas.

No es dudable que el gran Patricio fué uno de los más insignes ejemplares de santidad que tuvo la Iglesia. Conviene los historiadores eclesiásticos en que Dios, por su intercesion, y para hacer su predicacion más fructuosa, obró varios prodigios. Uno de ellos seria el que refiere Henrico de Erfordia, citado en el *Teatro de la vida humana*, que, viendo obstinados á los irlandeses, hizo con el báculo un círculo en la tierra, y al punto se hundió toda la que estaba comprendida en el círculo, abriéndose una profundidad horrenda, por donde el Santo los amenazó bajarían, si no se convertían, precipitados al abismo. Acaso sobre la verdad de este milagro se añadiria despues, que por aquel boquero los habia mostrado los tormentos de los condenados, y sobre esta ficcion, la otra de quedar estable una abertura por donde habia comunicacion al lugar de las penas de la otra vida.

§ VIII.

Es cierto que algunos escritores irlandeses, llevados de el grande amor y veneracion que tenian á su apóstol, ó creyeron más de lo que debian creer, ó escribieron prodigios que no creian, para que otros los creyesen; á imitacion de aquel presbítero asiático, de quien dice Tertuliano, que por el amor que tenia al apóstol de las gentes, compuso unas *Actas apócrifas* en honor suyo, donde introdujo prodigios fingidos. En esta clase comprendemos lo que se lee en el *Cronicon* de Juan Bromton, como opinion recibida en Irlanda, que san Patricio

había alcanzado de Dios, que ningún irlandés esperará la venida de el Antecristo. Supongo se debe entender que todos morirán antes; lo que parece increíble.

Comprendemos también en el número de milagros supuestos á san Patricio, el que anda vulgarizado en muchos libros, de haber arrojado de Irlanda con su báculo todas las sabandijas venenosas; prodigio que dicen se continúa hasta hoy, conservándose siempre aquella isla totalmente exenta de ellas, por los méritos de su apóstol. Que no es infestada Irlanda por especie alguna de serpientes, y que no sólo, traídas allí para hacer prueba, al momento mueren, mas aún un poco de la tierra de aquel país, trasladada á donde las hay, las ahuyenta, es testificado por muchos escritores. Pero parece cierto que este beneficio se debe al influjo nativo de aquel suelo. Lorenzo de Beyerlink se ríe y hace mofa de Giraldo Cambrense, porque en su *Topografía hibernica* se inclinó á esto mismo, llegando á tratar de fatuidad lo que dice sobre esta natural virtud de el suelo hibernico. Pero probablemente Beyerlink, cuando le trató con tanto desprecio, debió de ignorar qué hombre fué Giraldo Cambrense, ó Silvestre Giraldo, como le llaman otros, sugeto sin duda doctísimo, conocido por muchos libros que dió á luz, venerado y admirado en su tiempo por muchas excelentes cualidades. Aunque era inglés, estuvo mucho tiempo en Irlanda, y se informó exactamente de las cosas de aquella isla, de quien hizo una descripción que anda con el nombre de *Topografía Hibernica*. ¿Qué le falta á un autor de tales circunstancias, para que, ya que no sea creído, sea, por lo ménos, oído con respeto sobre el asunto?

Giraldo dice, que de las historias consta, que no sólo antes que san Patricio pasase á Irlanda, pero aún mucho antes de la venida de Cristo, estaba Irlanda exenta de toda sabandija venenosa. Lo que yo puedo asegurar es, que Solino, que floreció más de tres siglos ántes que viniese al mundo san Patricio, en el capítulo xxv, hablando de Irlanda ó Hibernia, á quien llama Juverna, dice, que no se ve en aquella isla serpiente alguna: *Illic nullus anguis*.

En algunos antiguos escritores se lee el mismo prodigio natural de otras tierras. Plinio dice que la isla *Ebuso* (Ibiza) no engendra serpiente alguna; y añade, que la tierra de aquella isla, transportada á la isla *Ofiusa* ó *Colubraria*, llamada así por nacer muchas en ella, las ahuyenta. Aristóteles atribuye el mismo privilegio de estar libre de serpientes, y de morir luego allí las que son llevadas de otras partes, á la isla de Creta. Pero Belonio halló en esto algo de equivocacion, porque dice que él vió tres géneros de serpientes en Creta; aunque añade que no son nocivas, lo que le constó por experiencia; pues siendo mordido de una, no le resultó de la mordedura otro daño que una ligera cicatriz. No es ménos prodigioso esto que aquello; ántes parece que no es tan admirable el que falten serpientes en un país como el que, habiendo serpientes, les falte á éstas una específica propiedad, cual es su cualidad venenosa.

Caso muy diferente de todos los referidos es el de la isla de Malta, ora no haya víboras en aquella isla, ora no sean venenosas, que uno y otro se lee en diferentes autores. Pero, que sea uno, que otro, es cierto que no es

cualidad nativa de aquel suelo, sino privilegio soberano concedido por la bendicion que echó sobre él el apóstol san Pablo, desde que en aquella isla fué (como consta de los *Actos de los apóstoles*, capítulo xxviii) mordido por una víbora. Digo que es cierto que esta inmunidad no se debe á cualidad nativa de aquel suelo. Lo primero, porque ninguno de los antiguos naturalistas se la atribuye ni hace memoria de ella. Lo segundo y principal, porque de el lugar citado de los *Actos de los apóstoles* consta lo contrario; pues los bárbaros de la isla, viendo que de la mordedura de la víbora no habia resultado la muerte ni daño alguno al Apóstol, admirados, creyeron que era alguna deidad: *Diū autem illis expectantibus, et videntibus nihil mali in eo fieri, convertentes se, dicebant eum esse Deum*. ¿Qué motivo tenían para la admiracion, y mucho ménos para creer existente alguna deidad en el Apóstol, si las víboras de Malta, naturalmente, por nativo influjo de el suelo, no fuesen venenosas?

§ IX.

He propuesto lo que en órden á la cueva y purgatorio de Ultonia me ha parecido, segun diferentes partes de el asunto, ya más verdadero, ya más verisímil. Vaya por conclusion un pensamiento ameno, que me ha ocurrido, y de que otros acaso harian mucho fondo; mas yo protesto que le estampo, no para la persuasion, sino para el deleite de los lectores.

He leído que algunos irlandeses llaman cueva de Ulises á la que comunmente se llama de San Patricio, y que dicen ser tradicion que Ulises la fabricó. Esta tradicion puede tener su origen de algunas noticias, ya históricas, ya mitológicas, que vamos á proponer. Solino, hablando de Inglaterra, dice, que aquel héroe griego, llevado de uno de sus errores náuticos, aportó á aquellas partes: *In quo recessu Uliissem Calidoniae apulsum manifestat ara Græcis litteris inscripta voto*. Esto es histórico. Todo lo que se sigue es poético. Que Ulises estuvo siete años en la isla Ogigia, detenido por las caricias de la ninfa Calipso, reina de la isla, es de Homero. Que Ogigia fué en la antigüedad uno de los nombres de Irlanda, dícelo nuestro doctísimo Nebrija, por señas tomadas de Plutarco. Que Ulises en vida bajó al infierno, es comun entre los mitológicos, cuyo estandarte llevó Homero, no ménos que el descenso de Orfeo, Hércules, Teseo y Enéas. Que este descenso de Ulises al infierno fué por un boqueron colocado en una isla hácia aquellas partes, cántalo Claudiano (1):

*Est locus extremum, pandit qua Galia litus,
Oceani præventus aquis, quò fertur Uliissem
Sanguine libato populum movisse Silentum.*

Prosigue diciendo, que los habitantes de la isla en aquel sitio oyen los llantos, clamores y gemidos de los condenados, y aún ven sus sombras ó simulacros:

*Illic umbrarum tenui stridore volantum
Flebilis auditur questus: simulacra coloni
Pallida, defunctasque vident migrare figuras.*

(1) Libro 1, *In Rufinum*.

Que aquella caverna ó boqueron por donde se daba tránsito para el infierno, era un conducto estable y permanente, no sólo se infiere con evidencia de que el poeta habla de presente, como de cosa que subsistia en su tiempo, mas también de que inmediatamente refiere, que por aquella cueva salió de el infierno la furia Aleto á incitar á todo género de atrocidades el corazón de Rufino, indigno favorecido de el gran Teodosio, y contemporáneo de el mismo Clandiano:

*Hinc Dea prosiluit, Phæbique egressa serenos
Infecit radios, ululatuque æthera rupit
Terrifico, sensit ferale Britannia murmur.*

Últimamente, que Calipso, la enamorada de Ulises, habitaba en una cueva, dícelo Luciano, copista de Homero en cuanto á esta circunstancia, en el segundo libro de sus *Historias verdaderas*, que llama así por ironía.

El complejo de todas éstas especies nos muestra en Irlanda, muchos siglos ántes de san Patricio, una cueva por donde habia tránsito para el infierno; visiones allí de demonios y condenados; la percepción de sus tormentos en sus clamores; y en fin, un aventurero que tuvo la osadía de introducirse por aquel boqueron al lugar de las penas, y la felicidad de volver á gozar la luz de el sol. ¿No es posible que, transportadas todas estas especies de siglo en siglo, desde la antigua idolatría al cristianismo de Irlanda, el vulgo, ayudando la confusion, propia de su rudeza, á la indiscrecion de su piedad, las cristianizase, haciendo prodigios de su apóstol de los delirios de el paganismo? ¿No es posible que la aventura de el soldado Oeno se fraguase en el molde de la de el guerrero Ulises? Si, posible es todo; mas no verisímil. Ya he prevenido, que éste no es más que un pensamiento alegre. Pero ántes de acabar de escribirle, me ocurrió otro de el mismo cará. ter.

Tan famosa fué en la Boecia la cueva de Trofonio, como en Irlanda la de el gran Patricio. Trofonio, hijo de Apolo, y constituido deidad infernal por la supersticion gentilica, era consultado como oráculo en aquella cueva, y la cueva habia sido formada abriéndose la tierra, para bajar por allí Trofonio al infierno. Los que querian consultar el oráculo, primero se preparaban por algunos dias con ciertas expiaciones y ritos, en que los instruian los sacerdotes. El tiempo que estaban en la cueva no comian. Allí, ya mediante el oído, ya mediante la vista, se les comunicaban por el oráculo varios secretos, los cuales despues reveaban á los sacerdotes. Pausanias, que refiere todo esto con mucha mayor extension (1) y habla como testigo de vista, pues entró en la misma cueva, añade, que todos los que entraron en ella volvieron, exceptuando un soldado de Demetrio, que, creyendo habia allí un tesoro, sin hacer las previas ceremonias, y llevando el ánimo depravado de hurtar, allá se quedó, bien que su cadáver pareció despues en otra parte, hecho pedazos.

Bien patente está la semejanza de una cueva á otra. En una y otra precedian expiaciones. En una y otra habia visiones infernales. En una y otra era arriesgada la

(1) Libro ix.

entrada. De una y otra se cuenta, que de los que entraron, uno se quedó allí en poder de los demonios.

Añadamos que Plutarco, en el libro *De demonio Socratis*, cuenta de un Timarco Cheronense, que bajó á la cueva de Trofonio, y su aventura es muy parecida á la de el soldado Oeno. Al principio se halló en una grande obscuridad: *Dixit autem, cum descendisset in oraculi locum, se primum incidisse in multas tenebras*; despues, pasando adelante, empezó á ver iluminado el sitio. Lo primero afirma Mateo de París de el soldado Oeno: *Miles itaque per speluncam audacter progrediens lumen paulatim claritatis amissit; sed tandem parvo lumine apparente, etc.* A uno y otro, la cueva, que ántes parecia estrecha, poco á poco se fué dilatando á larguissimos espacios. Uno y otro vieron y oyeron demonios. Timarco no llegó á ver los mortales que eran atormentados en el abismo, pero sí á oír sus llantos y clamores: *Mixtos virorum ac mulierum ploratus, strepitus autem omnifarios, et tumultus ex profundo procul remissos*. Y el no ver los que padecian, sólo se lo estorbó la grande obscuridad de el sitio: *Deorsum autem aspicienti visum esse hiatum magnum..... multarum plenum tenebrarum*. Finalmente, uno y otro, Timarco y Oeno, volvieron felizmente y refrieron lo que habian visto y oído.

Plutarco, aunque refiere la aventura de Timarco Cheronense, no cree palabra de ella; y á mí me sucede lo propio con la aventura de Oeno. Puede ser que una fábula naciese de otra; aunque lo más verisímil es, que sea casual la semejanza de las dos, pues no pocas veces sucede, que por accidente sean parecidas unas ficciones á otras.

En lo que no hay duda es, en que ambas historias no tienen en su origen otro testimonio que el de los mismos aventureros: ni uno ni otro dieron seña alguna por donde mereciesen ser creídos; lo que me pareció notar aquí, porque el caso de Oeno (aún cuando no tuviese las señas de falsedad que hemos notado arriba) es muy peregrino para que se le crea al mismo aventurero sólo sobre su palabra; y aún se debe añadir, que no se supo la historia inmediatamente de el mismo Oeno, sino por el órgano de un religioso, á quien Oeno se la habia fiado bajo la obligacion de el secreto: *Sub sigillo secreti*. Así lo dice Mateo de París, y que esto fué mucho tiempo despues de el suceso.

Várias reflexiones se pueden hacer sobre estas circunstancias. Un suceso de este carácter ¿pudo estar tan oculto mucho tiempo? ¿No lo supieron los religiosos, que tenian la direccion ó intendencia de la cueva, luego que Oeno salió de ella? ¿Callóselo éste entónces? Si lo supieron, ¿no lo publicarían para terror, edificacion y estímulo de otros pecadores? Si no lo supieron, ó por lo ménos por ellos no se supo cosa alguna, ¿qué crédito merece la relacion hecha por Oeno mucho tiempo despues, en causa tan propia y en una aventura tan extraña? ¿Y de qué consta tampoco que el religioso, que fué órgano de la historia, fuese órgano muy fiel? Era menester para darle entero asenso que fuese su santidad notoria, y de esto nada nos dice Mateo de París, sino que era un monje llamado Giliberto.

Por lo que mira á la tradicion de la cueva de San

Patricio, tomada en general, y prescindiendo de las historias particulares de éste ó aquél que entraron en ella, soy de sentir que no tiene respeto alguno ni al fabuloso descenso de Ulises al infierno, ni á la cueva de

Trofonio; ántes estoy persuadido á que en el fondo tiene mucho de verdad, en la forma que expiqué arriba; aunque á aquella verdad se hayan sobreañadido algunas fábulas.

CUEVAS DE SALAMANCA Y TOLEDO, Y MÁGICA DE ESPAÑA.

§ I.

Este espantajo de las gentes y coco de adultos, que llaman magia, en todos tiempos hizo grande ruido en el mundo. En todos tiempos, digo, exceptuando acaso los antiquísimos, porque juzgo muy verisímil que hasta que empezó, y áun hasta que estuvo muy adelantada la idolatría, no se practicó ni áun soñó en el mundo la magia. Fúndome en la natural conexión y dependencia que hay de esta profesion á aquella. Habiendo sucedido aquella portentosa inversion, de que olvidando el hombre la deidad, que era autora de su sér, se metió él á autor de la deidad, fabricando dioses al arbitrio de su fantasía, se vino, como natural secuela de el primer error, el irlos multiplicando, no sólo por individuos, mas tambien por clases. Colocada la deidad en la criatura, era imposible no advertir la limitación de su poder; y por consiguiente, que una sola deidad no podia atender ó cuidar de todo; con que ya metido el hombre en la errada senda, á cada nuevo ministerio que le ocurría propio de la Providencia, y necesario ó conveniente para la vida humana, en la oficina de la imaginación fabricaba nueva deidad, á quien consignaba aquella intencencia.

Habituado ya á aquella infeliz libertad el entendimiento, y á proporcion depravada en grado eminente la voluntad, fué fácil al hombre, y en algun modo natural, dar el último paso, que le restaba, hácia lo más monstruoso de el error, que fué multiplicar deidades, no sólo ya en atención á sus indigencias, mas tambien en contemplación á sus pasiones. Llegando el hombre á una grande corrupcion de costumbres, confunde las necesidades con los antojos, y sólo confusamente distingue los vicios de las virtudes. En este estado se hallaba, cuando ideó deidades favorables á sus apetitos. De aquí vino la introducción de deidades protectrices de la lascivia, de el hurto, de la venganza, y otros delitos; de aquí la división de dioses benignos y malignos, celestes y tartáreos.

§ II.

Colocada en este estado la superstición, era secuela suya, casi necesaria, la magia; ó por mejor decir, ésta se debe considerar como parte integrante de la teología gentilicia. Admitidos dioses patronos de los delitos, era preciso proporcionar á su genio los cultos; por consiguiente, cultos horribles, cuyo asunto principal se constituía de maldades.

Como entre todos, los dioses infernales, por la lóbrega habitación de el abismo y por el destino á atormentar las almas de los infelices, se juzgaban los más crueles y que se deleitaban en la aflicción de los mortales, se pusieron los ojos en ellos para el ministerio de dañar unos hombres á otros. Ve aquí el origen de la magia demoniaca, que es la que hoy absolutamente entendemos siempre que sin aditamento decimos *magia*. La que hoy, digo, entendemos, porque esta voz entre los antiguos era indiferente para significar tres especies diversísimas de magia: la natural, la theúrgica y la goética. La natural, á quien tambien hoy damos ese nombre, y viene á ser lo mismo que llamamos secretos de naturaleza, es la que por la penetración de las virtudes de varias cosas naturales, produce efectos admirables al comun de los hombres, que ignora aquellas virtudes. La theúrgica, como imaginaban los gentiles, era una magia santa, que por el íntimo comercio con las deidades celestes y benéficas, ejecutaba cosas prodigiosas, y pedia una grande pureza de espíritu, así como la intención de los que la practicaban siempre era pura y ordenada al beneficio de los hombres. En fin, daban nombre de goética á la que nosotros apellidamos negra ó diabólica, y el vulgo llama hechicería. *Theúrgica* es lo mismo que divina. Pero la voz *goética* significa cosas de encanto.

Tanto la theúrgica como la goética eran supersticiosas, porque ambas envolvían el culto de dioses falsos. Mas con esta diferencia, que la theúrgica sólo era delincuente por el capítulo de idolatría; la goética, sobre esta enormidad, añadía, ya la mala intención de el operante, ya algunas especiales maldades, que á veces acompañaban la obra.

Así como la theúrgica y goética convenían en ser supersticiosas, una y otra convenían con la natural en ser por la mayor parte falaces y vanas. He dicho *por la mayor parte*, pues no es dudable, que en las dos primeras tal vez rara resultaba el efecto pretendido, permitiendo Dios, por altos fines de su providencia soberana, que el demonio prestase el auxilio deseado, como se vió en los magos de Faraon. Tambien es cierto que hay y hubo en casi todos tiempos verdadera magia natural, pero ceñida á límites mucho más angostos, que los que les señalaban sus patronos y creía la simplicidad de los pueblos. Así, las admirables virtudes que atribuían á tales plantas ó piedras, como de atajar el curso de los rios, hacer invisible al que las trae consigo, precaverle de todos riesgos, conciliarle el

amor de todos los demas hombres, y otras semejantes, todo fué una mera charlatanería de embusteros, de que Plinio en varias partes hizo la mofa que debía; y sin embargo, mucho despues de Plinio, y en tiempo en que correspondía estar el mundo más desengañado, algunos volvieron á escribir seriamente lo mismo, citando á Plinio como fiador de el suceso. De la misma harina son, y entran tambien á la parte de la falaz magia natural, los arcanos astrológicos, verbi gracia, los sellos planetarios, la impresion de los signos y otras constelaciones en varias materias, etc. Bien es verdad, que no pocas veces se mezclaria en estas cosas la superstición, introduciéndose subrepticamente en ellas el pacto que los teólogos llaman implícito

§ III.

La vanidad ó inutilidad de todas tres magias es visible en las historias. Habia muchos magos de todas tres especies en el tiempo de el gentilismo. ¿Y qué hacían con la magia? Nada. ¿Qué profesor se hizo rey con ella? ¿Qué mago, usando de sus artes, defendió su patria de algun ejército enemigo? Ninguno. La pericia militar, la sagacidad política, la multitud de soldados, la abundancia de dineros eran y fueron siempre (á la reserva de uno ú otro caso, en que Dios á favor de su pueblo quiso obrar algun prodigio) las únicas máquinas, con que unos hombres se elevaron sobre otros, ó unas gentes conquistaron á otras. En ninguna parte del mundo estuvo tan valida la magia como en Caldea, tanto la natural como la supersticiosa. Aquella region era venerada como la grande escuela de este arte. ¿De qué les sirvió su magia á los caldeos? De nada. Ciro los conquistó, sin más magia que su conducta y su valor, arruinando el floridísimo imperio de los asirios, que hizo vasallos de los persas.

Plinio me da motivo para otra importantísima reflexión hácia el mismo intento. Dice este autor, que los romanos desterraron la magia, con singularidad la goética, de todos sus dominios (1). Y ve aquí, que los romanos, no sólo no usándola, mas áun prohibiéndola, se hicieron dueños de el mundo y conquistaron aquellas mismas naciones que abundaban de magos, como á la Caldea, de quien ya se dijo, y la Bretaña, donde, por relación de el mismo Plinio, reinaba altamente esta superstición: *Britannia hodieque eam (magiam) attonitè celebrat tantis ceremoniis, ut dedisse Persis videri possit.* (Ubi suprà.)

Así, es muy cierto, que sucedía en aquellos tiempos á los profesores de la magia lo mismo que hoy pasa en los que jactan saber el gran secreto de la crisopeya, ó piedra filosofal. Éstos, sin embargo de preciarse de que pueden fabricar más oro, que el que se engendra en todas las minas de la América, andan por la mayor parte desharapados, hambrientos, viviendo de gorra, y sin conocer al rey por su moneda. Aquellos, aunque estentaban un poder casi sin límites para dar y quitar coronas, trastornar los elementos, y áun hacer descen-

(1) Libro xxx, capítulo i.

der á la tierra los astros, eran una gente miserable, á quienes sin magia alguna hacían á cada paso esclavos sus enemigos.

Y hoy no sucede lo mismo? ¿De qué sirvieron á varias naciones americanas, á quienes conquistaron los españoles, la multitud de hechiceros, que se dice habia en ellas? En algunas de las que áun no están sujetas se proclama de el mismo modo la copia de hechiceros; no obstante lo cual, baten aquellos bárbaros los españoles, áun siendo menores en número, casi siempre que hay encuentro. Ya veo que se responde, que la virtud de Cristo y de su cruz, á quien adoramos, abate el poder de el demonio y les impide auxiliar á aquellos infieles. Pero pregunto, lo primero: los herejes europeos, ingleses y holandeses, enemigos de nuestra santa fe y que no adoran la cruz, ¿no derrotaron varias veces, ya en la India Oriental, ya en la Occidental, tropas mucho más gruesas que las suyas, de idólatras, en quienes, á lo que se dice, estaba muy introducida la práctica de hechicerías? Pregunto, lo segundo: los romanos, cuando se hicieron dueños de el mundo, ¿eran católicos ni áun cristianos? O por mejor decir, ¿no eran tan finos idólatras como todos los demas de el orbe? ¿Cómo, pues, no les resistieron los hechiceros de las naciones que conquistaron?

El argumento con que san Agustin (epístola v) (2) prueba que Apuleyo no fué mago, ó no prueba lo que el Santo quiere, ó prueba cuanto podemos pretender sobre el asunto. ¿Cómo es creible, decia, que Apuleyo haya sido mago, no habiendo podido ascender á alguna ilustre fortuna? Es cierto que no le faltó deseo de ella; luego el no lograrla no fué porque no quiso, sino porque no pudo: *Unde patet eum nihil amplius fuisse, non quia noluit, sed quia non potuit.* Aplíquese este argumento á toda la turba de hechiceros (á la reserva de muy pocos), que se dice que hay y hubo en el mundo. No evitan ó no evitaron la miseria propia, ni áun la ruina de su nación ó patria; no fué porque no quisieron, luego porque no pudieron. Y si no pudieron, ¿dónde está el celebrado poder de su mágica? Es, pues, constate, que en materia de magia, á vueltas de poco y poquísimo de verdad, se ha mezclado mucho y muchísimo de embuste.

§ IV.

He visto que algunos fortalecen la opinión vulgar, con el argumento de que la Iglesia varias veces prohibió el uso de las artes mágicas y los libros que las enseñan; de que se infiere, que dichas artes no existen sólo en nuestra aprehension, sino en la práctica de los hombres. Respondo, lo primero, que no negamos la realidad, sino la multitud, de hechicerías; y por pocas que sean, justamente se ha prohibido su práctica y su estudio.

Respondo, lo segundo, que en las operaciones mágicas se deben distinguir el medio y el fin, el rito y el logro, la práctica y el efecto. Decimos, pues, que los que se han dado y áun hoy dan al estudio y práctica

(2) Edit. Paris, an. 1553.